

La madre del rey Lemuel atiende principalmente en su profecía á aconsejar á su hijo, que no sea borracho y que elija para esposa una buena mujer, cosas ambas que mi madre, sin darse tono de profetisa, me aconsejó muchas veces, de la misma manera que lo aconsejo yo á mis hijos, para que no se pierda en nuestra familia la costumbre de ser sóbrios los hombres y honradas las mujeres.

## CIV

## EL ECLESIASTES

Y vamos al *Libro del Eclesiastes*, ó el Predicador, en que Salomón vertió toda su ciencia infusa, cuando hastiado ya del vino, de la corona y de las buenas mozas, á que fué tan aficionado, quizá enfermo de ictericia, todo lo veía en el mundo de color verdoso amarillento, no hallando cosa que mereciese la pena de incomodarse por ella, á no ser el gran señor de los siete cielos y de la inmóvil tierra, de nombre Jehová, de naturaleza perverso, cuando tanto malo, y tanto necio, y tanto aborrecible encontró en su obra quien con más intimidad le trató después de Moisés y David.

Debo declarar honradamente que este *Libro del Eclesiastes*, aunque no es revelado, ni infalible, ni cosa que se le parezca, como obra literaria y como ensayo de un tratado de filosofía pesimista, es muy diferente de los que llevo hasta ahora comentados. Hay en él grandeza y nobleza en las palabras é imágenes; hay también un fino y delicado examen de la vida, que da ocasión á observaciones profundas; hay, en fin, su poquito de sentido común, pues al declarar la vanidad por fundamento de las acciones humanas, no anduvo del todo descaminado, aunque sí exclusivista, Salomón; entendiéndolo como se debe entender por vanidad aquel noble deseo de ser

aplaudidos y admirados, de que, quién más, quién menos, todos padecemos; no aquel otro anhelo estúpido é irritante de dominar y avasallar á toda costa, que propiamente se denomina orgullo. En la universalidad del sentimiento de la vanidad halla Salomón base suficiente, aunque estrecha, á su filosofía, que apartando al hombre del mundo, le lanzaría á los desiertos de la Tebaida, de hacerla caso, como para su tontera le hicieron los aburridos de los siglos pasados.

El nuestro, curado de desesperaciones bobas, reconoce la grandeza de Salomón como autor del *Eclesiastes*, pero se rie de su filosofía á lo Schopenhauer, que fué un puro antojo, de que él, el primero tuvo buen cuidado de huir, enseñando á todo hombre de buen sentido á hacer lo mismo.

La sentencia culminante de este libro, aparece en las primeras líneas, repitiéndose después á todo propósito y despropósito. Héla aquí: «Vanidad de vanidades; vanidad de vanidades; todo vanidad», acerca de la cual no sé qué cosa pueda decirse, á no ser esta: que siendo todo vanidad, también lo es leer este libro, y más aún comentarle. Consecuencia: que aquí debiera acabar mi trabajo comentarista, y, si no acaba, es precisamente porque Salomón no tiene razón; que no es vanidad, no, dar al traste con la *Santa Biblia*, que nos engendra esos curas trabucaires y esos carcondones hojalateros que tan á mal andar traen nuestro país.

Tras esta sentencia de que todo es vanidad, viene esta otra conocidísima: *nada hay nuevo debajo del sol*: con la cual tampoco estoy del todo conforme, pues nuevo y bueno por añadidura es en España este noble anhelo que experimentamos todos los liberales para destruir estas antiguallas del catolicismo, que se llaman la misa, el viático, la confesión auricular, el celibato del clero, el monacato, el pié de altar y el presupuesto

del culto y clero que á tantos cuervos sirve de carnaza.

*Lo torcido no puede enderezarse*, escribe Salomón, después de grandes y majestuosas palabras sobre la vejez incurable del mundo, máxima cruelísima en que se inspiran todos los mantenedores de la pena de muerte, de las por vida, de la eterna minoridad de los pueblos, y por fin, del Estado autoritario absolutista. De ser algo sustancioso el cristianismo, es la abnegación valiente de este absurdo salomónico. Los primeros cristianos, en efecto, aquellos espíritus ingenuos; enamorados de un ideal hermoso, fueron los sostenedores heroicos de la doctrina de la regeneración por la penitencia, del levantamiento después de la caída moral, del enderezamiento de lo torcido que niega aquí rotundamente Salomón. A pesar de las mil y una majaderías que hicieron y creyeron, en este punto los cristianos acertaron, contra el sabio rey, en cuya sentencia se instruyen hoy, renegando en esto como en todo, de lo poquito bueno que tuvo en su tiempo el cristianismo, los católicos todos de ambos mundos.

Dicho esto, se presenta al lector Salomón como rey, como sabio, y como investigador pertinaz de la ciencia. Dice que también le dió por divertirse, pero que conoció ser también esto vanidad; escribiendo con este motivo esta frase profundamente escéptica:

«A la risa dije: enloqueces; y al placer: ¿de qué sirve esto?» frase que parece arrancada de las obras de Espronceda, por lo bella y lo desesperada, pero que no puede pasar de lo que es en sí; un arranque de mal humor ó de hastío.

Declara Salomón cuánto hizo, gozó, atesoró; compara sus obras con las de los demás; compara la sabiduría con la necedan, y á pesar de hallarlo todo vanidad, deduce esta verdad innegable: «la sabiduría sobrepuja á la necedad como la luz á las tinieblas», con la cual, á fuer de li-

brepensador, estoy perfectamente de acuerdo; razón concluyente que me mueve á no darme punto de reposo hasta convencer á todos los españoles de que la ciencia es sabiduría, en tanto que el catolicismo, necedad es, y que aquélla sobrepuja á éste como la luz á las tinieblas.

Pero después de esto, Salomón mira despacio las cosas, y viendo que el sabio y el necio irán á parar á la misma sepultura, se amurria, y exclama: *aborrecí la vida*. Con todo, no toma la resolución cursi y cobarde de levantarse la tapa de los sesos con un revólver, como cualquier hortera melancólico de nuestros días, sino que sigue escribiendo... y reinando; pues no hay que olvidar que este filósofo mal humorado era rey, y se las entendía admirablemente con las reinas que le iban á visitar.

He aquí lo que escribe: que es cosa muy triste no saber quién á uno le ha de heredar, y que quizá un necio sea el llamado á gozar de lo que á el tantos afanes le costó hacer. En lo que no tengo nada que objetar, pues tales cosas y personas se ven en el día en España, que si los buenos y honrados jueces de Castilla levantarán la cabeza y vieran quien gobierna á la patria España, de que ellos echaron los inconmovibles cimientos, ¡vaya una rabieta que tomarían!

De todos estos desesperados y espeluznantes principios filosóficos, saca Salomón la siguiente consecuencia, eminentemente moral y saludable:

«No hay, pues, bien para el hombre, sino que »coma y beba y que su alma vea el bien de su »trabajo.»

A lo cual debe atenerse todo aquel que tenga sentido común, dejándose de belenes teológicos sobre si Cristo fué Dios ó carpintero, ó si el agua del bautismo resfría á los chiquillos ó los limpia de la culpa en que cayó Adán al comerse la manzanita que le regaló su costilla,

Por mi parte, al menos, considero esta máxima del comer y beber y ver el bien del trabajo, el alfa y el omega de todas las teologías inventadas ó por inventar, y aun de la mayor y más mala parte de las filosofías alemanescas.

Tiene además esta máxima la ventaja de que á su autor le fué muy bien con ella. Salomón, en efecto, nos dice entre paréntesis: ¿quién comerá y quién se cuidará mejor que yo? lo que nos permite inducir que el rey sabio se debió dar una vida que yo para mí y todos los librepensadores quisiera.

Franco en todo, debo declarar que la práctica de esta máxima tropieza para muchos con el gravísimo inconveniente de que, aun teniendo hambre y teniendo sed, que es lo primero que se necesita para comer y beber, carecen de dinero, lo que parece nada y es una montaña. Como todo el mundo se podría proporcionar comida y bebida es lo que nos debiera haber declarado Salomón. O no supo como esto se podría arreglar, con grave deshonra de su ciencia infusa, ó no quiso decirlo, con poco crédito de sus sentimientos de honradez. De aquí que sea hoy un problema el socialismo, destinado á llenar esta laguna del *Eclesiastes*: de aquí que yo, aunque tengo á Salomón por un gran escritor, de su ciencia y del que se la infundió en Gabaon, me ría como de un par de cuitados, parecidos á aquel que cuando alguien llegaba á visitarle estando comiendo, le preguntaba inmediatamente con mucho interés.

—¿Has comido?

Si el interpelado contestaba:

—Sí.

Indefectiblemente respondía:

—Porque si no, podías acompañarme á hacerlo.

Mientras que si contestaba que no, le decía secamente:

—¡Pues, ya es hora!

Decirnos cómo todos podríamos comer y beber bien, es lo que hubiera tenido mérito, que saber que en ello y en ver el buen fruto del trabajo consiste la humana felicidad posible, eso lo sabe cualquier hijo de vecino que no es tonto, ó dado á los embolismos de la teología.

## CV

— Dice Salomón, con muy elegantes palabras, en el cap. III del *Eclesiastes*, que en este mundo hay tiempo para todo, lo mismo para sembrar que para recoger. No le iré á la mano en ello, puesto que era un sabio; pero en cuanto á mí, debo declarar que, si he tenido tiempo toda mi vida de echar á la lotería, esta es la bendita hora que aún el premio gordo no me ha tocado, y eso que le tenía destinado al noble y levantado objeto de buscarles las cosquillas á los clérigos, estableciendo misiones de predicadores del libre pensamiento en Villabrutanda y otras villas de brutos eminentemente católicas, que el discreto geógrafo taurómaco *Sobaquillo*, el de *El Liberal*, ha descubierto viendo matar toros á *Lagartijo* en esta España monárquica de un rey en perspectiva de echar los colmillos.

Pero si yo no he tenido tiempo de sacar el premio gordo, en cambio Salomón le tuvo para decir esta tontería: «he entendido que todo lo que Dios hace, eso será perpetuo»; pues creo yo que, siendo todo transitorio, desde la mariposa á la montaña, ó hay que deducir que no hay Dios, ó que Salomón escribió una bobada, que es á lo que me arrimo, pues está visto que, así que se habla de teología, surge el disparate espontánea y naturalísimamente. No hay otra perpetuidad que la de que todo pase en el mundo, que todo se transforme y mude. Si resucitara Salomón, se convencería de ello al observar que del mismísimo Dios Jehová, á quien él tanto temía, se burlan hoy sin piedad los adoradores de

otros dioses, no menos que aquel feroces é iracundos, que poquito á poco irán las gentes discretas poniendo en berlina.

A vueltas con lo perpetuo, Salomón dice algo que va por camino que no entiendo en las siguientes palabras: «aquello que fué, ya es, y lo que ha de ser, fué ya»; que dejo á los comentaristas católicos, que se pirran por lo obscuro y enrevesado. A mí me gustan las cosas claritas: lo turbio, aunque sea verdad, tiene para mí el gran defecto de embarullar los conceptos.

«Por que el suceso de los hijos de los hombres »y el suceso del animal, el mismo suceso es; como »mueren los unos, así mueren los otros, y una »misma respiración tienen todos: ni tiene más »el hombre que la bestia, porque todo es vanidad.»

Quita lo de que todo es vanidad y dime: ¿escribió esto Salomón ó lo ha escrito Carlos Darwin?

Y como si le pareciera poco positivismo, el rey de Jerusalem, metiéndose en honduras á que no descendió el sabio naturalista inglés, remacha el clavo con el siguiente martillo:

«¿Quién sabe que el espíritu de los hijos de »los hombres sube arriba, y que el espíritu del »animal descienda debajo de la tierra?»

Eso mismo pregunto yo: ¿quien lo sabe? ¿Cómo, pues, llamaremos Salomón y yo á esos hijos de de Villabrutanda, vestidos de clérigos, que nos llevan dos pesetas por una misa en sufragios de una alma que, subiendo hacia arriba, dió de cabeza en el Purgatorio? Eso digo, y digo más: ¿Quién sabe siquiera que el hombre y el animal tengan espíritus en perpetua subida y bajada? ¿Quién es el majo que lo tiene averiguado?

En esto conozco yo que Salomón fué un sabio: en que estos dos versículos chorrean sabiduría. ¶ «Vi más debajo del sol: en lugar del juicio, »allí la impiedad; y en lugar de la justicia, allí »la iniquidad.»

Como se ve, la iniquidad y la impiedad son añejas debajo del sol. Aviso á esos tontos admiradores de una virtud antigua, que es una pura mentira. Y, como tengo observado que, desde el principio del mundo hasta hace poco, siempre ha habido clérigos y reyes, con este ó el otro nombre, con este ó aquel disfraz, por suprimirlos voto; que me temo que ellos son los fautores principales de la impiedad y de la injusticia, que ya en tiempos de Salomón andaban sueltas por el mundo.

Habla un rey: oído, que es el rey Salomón.

«Y tornéme yo, y vi todas las violencias que »se hacen debajo del sol; y he aquí las lágrimas »de los oprimidos, y sin tener quien los consuele; y la fuerza estaba en la mano de sus opresores, y para ellos no había consolador.»

Dura cosa vió Salomón, que es la misma dura cosa que he visto yo: oprimidos y tristes, sin amparo y sin consuelo. Mas él podía remediarlo; pero como rey que era, en vez de hacerlo se desespera y dice que son más felices los muertos que los vivos, y más que unos y otros los que todavía no han nacido. Yo que ni soy rey, ni aunque me lo pagaran doble que ahora lo pagan lo sería, en vez de desesperarme y decir tonterías sobre la felicidad de los muertos y los no nacidos, he puesto mi buen humor á servicio de la buena causa, y me he echado la siguiente cuenta. ¿Quiénes son los opresores de los pueblos? Los reyes. Pues á combatirlos con brío, hasta ver todas las monarquías convertidas en Repúblicas, principalmente esta monarquía española que tanto oprime. ¿Y quiénes son los que ponen tristes á los pueblos? Los presbíteros, con el coco del Infierno y el embuste del Purgatorio. Pues firme en ellos, hasta verlos á todos bien casados y trabajando en cosas útiles para mantener á sus hijos. Y aquí me tienes, lector amable, en satisfacción de mi buen propó-

sito, descatolizando incautos en estas NOTAS.

Otra mala cosa que vió Salomón... «que todo »trabajo y toda rectitud de obras, mueve la envidia del hombre contra su prójimo.»

Yo también lo he visto y no le hallo tan fácil remedio como á lo de la opresión y tristeza de los pueblos. Antes que curar de la envidia que producen á los escritorzuelos católicos la rectitud de obras de *Las Dominicales*, me comprometería á hacerle salir el pelo de la barba á don Cristino Martos, orador ilustre para quien están de más en el mundo los barberos y las navajas de afeitar.

Otra vanidad salomónina.

«El hombre solo, y sin sucesor: que no tiene »hijo ni hermano; mas nunca cesa de trabajar, »ni sus ojos se hartan de sus riquezas, ni se pregunta: ¿para quién trabajo yo y defraudo mi alma del bien?»

De acuerdo y á otra.

Yo, que tanto he dicho y hecho en favor de la coalición republicana; que sigo creyendo en su necesidad, sino hemos de andar toda la vida tocando el violón político, quiero aquí copiar lo que escribió Salomón en favor de la unión, á ver si algunas almas de cántaro se apean del burro de su orgullo ó del asno de su intransigencia.

«Mejores son dos que uno; porque tienen mejor paga de su trabajo. Porque si cayeren, el »uno levantará á su compañero; mas, ¡ay del »solo!, que cuando cayere, no habrá segundo »que lo levante. También, si dos durmieren juntos, se calentarán; mas ¿cómo se calentará uno »solo? Y si alguno prevaleciere contra el uno, »dos estarán contra él; y cordón de tres dobleces »no presto se rompe.»

Cuando pienso que ya Salomón predicaba la coalición republicana en el *Ec'esíastes*, y pienso que una persona tan leída y con tan vehementes

inclinaciones al diaconato como D. Emilio Castelar, envió de paseo á los amigos míos que fueron á invitarle para entrar en la coalición, concluyo por reirme de la infabilidad de los profetas mayores y menores, y de aquellos pacientes correligionarios míos que sufren las inmensas petulancias de algunos que parecen grandes, y, sin embargo, medidos en versículos de Salomón, resultan tan chiquitos y tan impotentes para dar á luz lo que han concebido, como la desdichada Lolilla.

## CVI

De cómo pensaba Salomón que se debe rezar.

«No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se »apresure á proferir palabra delante de Dios: »porque Dios está en el cielo y tú sobre la tierra: »por tanto, sean pocas tus palabras.»

Yo no creo en la eficacia de los rezos á Dios, sino en las buenas obras para con el prójimo, pero de todas suertes, he copiado estas palabras del sabio Salomón, profeta él, iluminado él, para que salgan de su estúpida necedad esos rezadores en familia de inacabables rosarios y letanias. Ellos, ¡los bobos! se creen que hacen algo meritorio, cuando lo que hacen es lo siguiente, que dice el sabio:

«Porque como de la mucha ocupación viene »el sueño, así de la multitud de palabras viene »la voz del necio.»

Necio, pues, por testimonio de Salomón, ese vulgo católico que, bajo la dirección é iniciativa de un clérigo, subido en un púlpito, se deshace en un mar de palabras silbantes, rezando las novenas de Santa Rita, abogada de imposibles, por el mes de Mayo y la de San Antonio, el que proporciona novios á las muchachas, en la primera quincena de Junio.

De aquí también que se hagan insufribles é inaguantables esos caballeros á la mema usanza,

que al sentarse á la mesa, lo mismo que al levantarse de ella, ya estando en familia, ya teniendo huéspedes, encajan su *Pater-noster* y su *Benedicite*, mientras se enfría la sopa ó se echa la sosiega. Mala peste sobre ellos y su religiosidad, que ensucia la oración con la pringue de las servilletas, y empuerca el rezo con los vahos del puchero.

Después de tronar contra los avaros, ¡duro en esa gentuza! y de proporcionar un consuelo tonto á los que viven oprimidos, diciéndoles que también sobre los reyes está la providencia de Dios, vuelve Salomón á su tema de que lo que importa en este mundo es comer, beber, pasarlo bien y estar contento.

Esta es también la mía... y lo demás pamplinas.

Contiene el capítulo VII un conjunto de máximas en que hay de todo, pues si es una tontería decir que es mejor el día de la muerte que el del nacimiento, en cambio estoy de acuerdo con Salomón en que «mejor es oír la reprensión del sabio que la canción de los necios», por lo cual cierro el oído á esas salves cantadas con que atruenan en las iglesias y escucho la reprensión cariñosa de todos los sabios verdaderos que ha habido, los cuales todos ellos en el transcurso de los siglos han predicado en contra de la superstición y del fanatismo.

Leo además en este capítulo:

«Nunca digas: ¿qué es la causa que los tiempos pasados fueron mejores que estos? Porque nunca de esto preguntarás con sabiduría.»

Sentencia en cuya virtud se gradúan de necios ese montón de botarates que siempre están declamando en favor de los gloriosos tiempos del absolutismo, entre los cuales, aunque parezca mentira, se cuentan muchos jóvenes. Verdad es que han sido empollados por la Iglesia, que sólo cría espíritus enclenques, y que hablan contra

el progreso en los vagones de un ferrocarril.

Una que dió en el clavo Salomón:

«Buena es la ciencia con la herencia, y más á los que ven el sol. Porque escudo es la ciencia y escudo es el dinero; mas la sabiduría excede en que da vida á sus poseedores.»

Que todo el mundo sea, sino sabio, ilustrado al menos; que todo bicho viviente, ya que no sea rico, tenga cuanto haya menester; hé aquí á lo que aspira el librepensamiento y realizará mediante la República. Quizá no pensó Salomón al escribir estos dos versículos, que en ellos me dejó la quinta esencia de mi programa de gobierno.

Otra, dada también en el clavo.

«No seas demasiado justo ni seas sabio con exceso, porque te destruirás.» Penetrado de la profundidad de esta máxima, toda la vida me he reído de esos caballeros de obispos y de frailes, que tienen por oficio *ser demasiado justos*, y de esos ganapanes de profesores de teología que lo saben todo y un poquito más, siendo pintiparados *los sabios con exceso* de que nos habla aquí Salomón.

«Ciertamente no hay hombre justo en la tierra, que haga bien y nunca peque.» Esto dijo el sabio rey de Israel.

Los castellanos decimos, «el que quiera caballo sin tacha, que se ande á pie», y pensamos honradamente que el Papa mismo, con ser Papa, tendrá su bolsa sin fondo de pecados.

Aviso á los curiosos impertinentes.

«Tampoco apliques tu corazón á todas las cosas que hablen; porque alguna vez no oigas á tu siervo que habla mal de ti. Porque tu corazón sabe, cómo tú también dijistes mal de otros muchas veces.»

Más corto y más claro: «el que escucha su mal oye» De aquí que yo haga tanto caso de lo que hablan los católicos de mí como de las nubes de antaño.

Luego la emprende con las mujeres, de quienes dice las atrocidades siguientes:

«He hallado más amarga que la muerte la »mujer; la cual es redes y lazos su corazón; sus »manos como ligaduras. El bueno delante de Dios »escapará de ella; mas el pecador será preso en »ella. He aquí, esto he hallado, dice el Predica- »dor, mirando las cosas una por una para hallar »la razón; lo que aún busca mi alma y no en- »cuentro: un hombre entre mil he hallado; mas »mujer de todas estas nunca hallé.»

De vivir Salomón, merecería que las mujeres no le dejaran hueso sano ni un pelo en la cabeza. Mira, lector, que afirmar que no hay una mujer buena, es un poco fuerte. Pues más fuerte todavía me parece que las mujeres, que de tan mala y tan injusta manera fueron tratadas por los profetas, sean en el día, en manos de los clérigos que las explotan, el sostén de esa ruina que se llama Iglesia católica.

«No hay hombre que tenga potestad sobre su »espíritu para retener el espíritu, ni potestad so- »bre el día, de la muerte; y no valen armas en »tal guerra.»

Cierto, y porque no valen armas en tal guerra, me río yo de las procesiones rogativas y de las novenas, y de los que las hacen, y de los que á ellas asisten. Todos esos embolismos en que se meten unos y otros, son espadas de Bernardo y carabinas de Ambrosio, con que los clérigos sacan á los tontos las pesetas.

Cada vez más positivista, Salomón escribe en el capítulo IX del *Eclesiastes* estas sabias palabras:

«Aún hay esperanzas para aquel que está en- »tre los vivos, porque mejor es perro viejo que »león muerto; porque los que viven saben que »han de morir; mas los muertos nada saben ni »tienen más paga: porque su memoria es puesta en olvido: también su amor, y su odio, y su en- »vidia feneció.»

De aquí deduzco que es la mayor de las socialinas las misas por los difuntos. A buen seguro que por ninguna de ellas diera dos pesetas el sabio Salomón, que vuelve al *ritornello* de que lo que interesa es comer bien, vivir alegre, gozar con la mujer que se ama y dejarse de embolismos teológicos.

A esto te aten, lector amigo, á esto te aten y á traer pronto la República y... ande el movimiento, que dicen los barquilleros.

«Tornéme, y vi debajo del sol, que ni es de los »ligeros la carrera, ni la guerra de los fuertes, »ni aun de los sabios el pan, ni de los prudentes »la riqueza, ni de los elocuentes el favor; sino »que tiempo y ocasión acontece á todos.»

¿Cómo, si no fuera esto una verdad como un templo, nos explicaríamos el favor que goza en palacio el general Martínez Campos, y que pase Alonso Martínez por un Licurgo!

«Mejor es la sabiduría que las armas de gue- »rra: mas un pecador destruye mucho bien.»

Dígalo sino aquel pecador de Pavia y Rodríguez de Alburquerque, comprendido por su barrabasada del mes de Enero de 1874 en docena y media de artículos del Código penal, que no han prescrito.

No hay que olvidarlo, ciudadanos, no hay que olvidarlo.

## CVII

Yo bien quisiera este año, como tantos otros que le han precedido, no complicar las cosas, y pasar el verano junto al mar en el *dolce far niente* de los italianos, meditando tranquilamente á la sombra de una *cajiga* la manera más rápida y cómoda de dar al traste en España con la Santa Iglesia Católica, que tantos millones y tantos disgustos nos cuesta á los liberales, ó en los procedimientos más adecuados y seguros de poner fin á la ficción do derecho en que se funda-

menta la Monarquía, que si menos millones nos cuesta, aún más disgustos nos da que la Iglesia; pareciéndose en esto á dos hermanas gemelas queridas de cierto amigo mío, á medio encanecer, á quien entre las dos han dejado calvo del todo, arrancándole la una los pelos blancos y la otra los negros para que estuviera más guapo al gusto privativo de cada una de ellas. Pero, está visto, que este año, hasta junto al mar, y á la sombra de las cajigas hay que trabajar en descatolizar incautos, oficio que se va poniendo de moda, y en que voy á sudar la gota gorda interin no se aperciben de que ya produce dinero los conservadores: que así que ellos huelan este queso, temo que me han de formar causa por neo-católico: que en competencia de un centenar de duretes mensuales, conservadores y curas conozco yo muy hombres para denunciarme por robo de la catedral de Colonia, y decir que me he guardado la Giralda en el bolsillo. Trabajaré, pues, junto al mar, en donde desde aquí veo los dos palos y las dos chimeneas de un magnífico vapor de la *propaganda fidei*; pues va llevando de ola en ola el nombre de Pio IX con que le han bautizado, sin duda para que ponga en ridículo la nomenclatura náutica, y meta en puertos de herejes el silbado *Syllabus* que hizo célebre á su patrono, que de creer yo en el Infierno, allá le iría á buscar en la caldera en que hierven los masones, seguro de encontrarle bailando una zarabanda y trazando ángulos con piernas y brazos en el suelo y en el aire. Pero no iré, que hace allí mucho calor, y ya que huyendo de él me he venido á estas deliciosas playas del santanderino Sardinero, no es justo que por ver cosa tan común y vulgarona como es un papa en los infiernos, vaya á perder esta frescura que tantas fatigas me ha costado encontrar. Además, allí no podría trabajar, y es preciso hacerlo, correspondiendo con fino amor al cariño del público hacia estas NOTAS,

Quedamos, pues, entrando en materia bíblica y fusilable, en que el general Pavia, por su barrabasada del 3 de Enero se halla comprendido en una docena de artículos, no prescritos, del Código penal, cosa que encomendaba á la buena memoria de los buenos ciudadanos; y esto lo fundaba en la sentencia de Salomón que dice: «mejor es la sabiduría que las armas de guerra; mas un pecador destruye mucho bien.»

Después hallo que el mismo sabio inspirado dijo dos tonterías. Primera: «las moscas que mueren, malean la suavidad del perfume» (así lo encuentro canónicamente traducido, en lo cual el disparate es manifiesto, pues no sé yo qué tenga que ver con la perfumería de Frera un moscardón que andaba ahora mismo molestándome y acabo de aplastar de un manotazo sobre una estampita, horrorosa y cursilona que representa á las almas de los pecadores ardiendo en el fuego del infierno. Segunda: «El corazón del sabio en su derecha, y el corazón del necio en su izquierda, de donde podríamos deducir lógicamente que la sabiduría y la necedad dependen de la colocación á manderecha ó manizquierda en el pecho de esa piltrafa que llaman corazón: porque si otra cosa quisiera decir, ya la atajó Benjamín Franklin hace un siglo en su «Memorial de la mano zurda», cuya lectura recomiendo á todos los tontos católicos del universo que pacen la alfalfa de las predestinaciones y hacen juegos de palabras sobre lo derecho y lo *sinistro*.

«Hay otro mal que vi debajo del sol: que como »por yerro sale de delante del príncipe: que un »necio está puesto en alta dignidad, y que los ricos están sentados en lugar bajo.» Acepto integras, en deshonra de la monarquía, estas palabras, á excepción del *por yerro* en el príncipe; porque ser estos ingratos, y torpes, y enemigos de los hombres de mérito, y dadivosos para con los miserables aduladores de sus vicios y neceda-

des, es la regla universal. Ellas explican por qué Sagasta es ministro cuando Zorrilla está en el destierro; por qué Villaverde atropellaba estudiantes, cuando Pi y Margall, metidito en su casa, escribe la *Historia de América*; por qué Romero Robledo triunfaba como conservador y zascandilea como reformista, al tiempo que Salmerón calla en Galicia ó hablaba en su cátedra; por qué ciertas damas tienen corte, destrozando el castellano, cuando Rosario de Acuña, que le habla y le escribe como los arcángeles, anda de sierra en Breña por Asturias levantando los corazones de los trabajadores y fustigando la cerviz de los aristócratas del presupuesto. Además, explican otras muchas cosas, que hacen republicano á cualquiera hombre de bien que tenga un poco de pesqui, y en que ahora no quiero entretenerme, porque las dijo de más bulto Salomón. Pongo por caso:

«Desdichada de tí, tierra, cuyo rey es NIÑO.» (Así como suena, NIÑO; cap. X, vers. XVI.) Pues si Salomón levantase la cabeza y viese la tierra de España, cuyo rey es un mamoncillo que aún no ha echado los cordales y ya ha cobrado sus diez milloncejos de pesetas, que gasta su mamá, una señora austriaca que iba para monja allá en su tierra, donde la fueron á buscar para reina de los españoles, ¿qué no diría? Llamarla desgraciada le parecería poco, como me parece á mí: la llamaría *degradada*, y, á pesar de su corona, puede que agarrara una tranca y les tentase con ella las costillas, á tanto monárquico de relumbrón y desbarajuste como mama á la sombra del mamoncillo, y nos da por razones de política los regueldos de su estómago repleto. Pero no la levantará, y hasta que otros se levanten, movidos de patriótica vergüenza, habremos de divertirnos á costa de nuestro bolsillo y de nuestro honor, en ver fumar á otro nuestro cigarro, y contentarnos con oler el humo.

¡Digno oficio de españoles sin audacia! Otra sentencia de meollo que he dejado trasconejada en este décimo capítulo.

«Ignora el hombre lo que fué antes que él; y lo que será después, ¿quién se lo podrá mostrar?»

En estas palabras fundo mi creencia de que Salomón nunca leyó las chifaduras del *Génesis* acerca de la creación en seis días y uno de descanso ó huelga que aun le dura á Jehová, ó que si las leyó hizo de ellas tanto caso como de las coplas de Calainos. De otro modo, no se concibe que dijera que el hombre ignora lo que fué antes que él, cuando los católicos saben puntualmente que estaba durmiendo Adán, cuando Dios, ejerciendo á la vez de cirujano y alfarero, le sacó bonitamente una costilla, y bonitamente le hizo de ella una mujer para que le espulgase y otros menesteres, agrietando por distracción el chirimbolo, como le sucede á un amigo mío, que tiene siete hijas, todas hijas, solas hijas. Y en ella fundamento también mi risa hacia todas esas paparruchas de antiguallas, de que Tubal fué el padre de todos los españoles, y que Santiago á caballo peleó en una batalla á favor de los cristianos, ateniéndome á esto, como en otras cosas, á lo que la sana razón me dicta, que es poner en cuarentena cuanto vale dinero á los presbíteros.

«Echa tu pan sobre las aguas que pasan: que al cabo de mucho tiempo lo encontrarás.» Un cuerno para Salomón y para el tonto que tire su pan al río, pensando que lo ha de encontrar. Yo al elegante y hermoso refrán de mi tierra me atengo: *haz bien, y no mires á quien*, y á esas barbaridades mal traducidas del hebreo, en las cuales, aún entonadas por la Iglesia, con la socialiña de la *inspiración*, hay la mitad de la sabiduría y caridad que en las propias, hijas legítimas del buen sentido castellano.

Sigue una cáfila de refranes, por lo general desgraciados. Véase la clase. «Si las nubes estu-

vieren cargadas, derramarán lluvia sobre la tierra.» Muchas veces sucede lo contrario, por lo que escribió Quevedo estas palabras: «Señal de lluvia; ver llover.» y el pueblo dice: «cuando Dios quiere con todos los vientos llueve.»

«Si el madero cayere hacia el Austruo, ó hacia el Aquilón, en cualquier lugar que cayere, allí quedará.» Lo que es una simpleza, á menos que profetizase aquí Salomón sobre los católicos, que á semejanza de los maderos, allí donde un jesuita los pone, allí como unos tarugos se están.

«El que observa el viento no siembra; y el que atiende á las nubes, jamás segará.» Por todo ello vale esta ironía castellana: «¡si por miedo á los gorriones no se hubiera de sembrar!»

Paso por alto una porquería en que dice Salomón que nadie sabe cómo se le crián huesos en en el vientre á una mujer, punto de caramelo sobre el cual cedo la palabra á los grandes fisiólogos modernos, contentándome yo con apuntar, que aun hallo más admirable que dentro de un huevo se crien los huesos de un pollito, con sólo que una elueca se le ponga encima veintiún días justos y cabales.

Advierte prudentemente que se divierta el joven cuanto pueda, ya que ha de llegar á viejo, apunta que Dios le espera, como un juez, al término de todas las aduanas, y pasa Salomón al último capítulo de su libro, en que nos larga cada metáfora, que tiemblan y tiritan en ellas las cuatro partes de la gramática. Leamos despacio.

«Acuérdate de tu Criador en los días de tu juventud antes que venga el tiempo de la aflicción, y se acerquen los años de los que digas: no me placen: «antes que se oscurezca el sol, y la luz, y la luna, y las estrellas, y vuelvan las nubes después de la lluvia» (esto quiere decir, según el P. Scio, antes que debiliten la razón, el juicio, la memoria y la imaginación: á mi modo de ver lo mismo podría decir antes que se pierda la simien-

te de los cañamones): «cuando se conmovieran las guardas de la casa» (la Iglesia quiere que estas sean las piernas y los brazos, ¡disparatar est!) «y vacilarán los varones muy fuertes» (para los católicos son los colmillos, como pudieran ser los sargentos de la guardia civil), «y estarán ociosas las que muelen en corto número» (dientes y muelas quisieron los concilios que las piedras de este molino), «y se oscurecerán los que miran por las ventanas» (estos son los ojos canónicamente hablando), «y cerrarán las puertas en la plaza, por la voz baja del que muele» (esto permanece aun sin determinar por la Iglesia que sea fijamente), «y se levantarán á la voz del ave, y se ensordecen todas las hijas del canto» (estas son las orejas, como pudieran ser las hembras del ruiseñor).

Paréceme que los abusos metafóricos de nuestros cultos son tortas y pan pintado al lado de estos exabruptos bíblicos, y que las salidas interpretativas de los comentaristas católicos dejan atrás á los comentarios de nuestras leyes de Partida; pero todo ello es nada en comparación del texto siguiente en que se sigue describiendo la vejez, y acerca de cuyos comentarios nada diré por abreviar, remitiendo las risas del lector á las notas que les pone el P. Scio de San Miguel, inocente varón que puso la *Biblia* al alcance de las carcajadas castellanas.

«Temerán también los lugares altos, y tendrán »miedo en el camino, florecerá el almendro, se »engrosará la langosta, y se disparará la alcaparra, porque irá el hombre á la casa de su eternidad, y le rodearán en la plaza plañidores.»

«Antes que se rompa la cuerda de plata, y se »corra atrás la venda de oro, y se quiebre el »cántaro sobre la fuente, y se haga pedazos la »rueda sobre la cisterna.»

No es extraño que el escritor ampuloso y desbarajustado que en tales mentecateces se explaya

para significar la vejez, como es decir que se «disipará la alcaparra» para expresar la falta de apetito en los viejos, y llama «cuerda de plata» quizá á la espina dorsal y «venta de oro» no sé á qué, después de llamarse sabio á boca llena, cierre su discurso así: «teme á Dios,» diciendo que esto es el alfa y el omega de la sabiduría. Lo extraño es que aún haya tontos en el mundo que paguen el culto y cléro que estas cosas explota, y que á título de esta explotación, en que van á la parte cientos de pillines, que he conocido hechos unos perdidos en su juventud y en la mía, los vea yo ahora en esas mismas iglesias, donde tantas picardías hicieron, besar las losas compungidos, atracarse de rezar y besar la mano á los jesuitas. ¡Tunarras! ¡Devolved á los pobres que habéis explotado los miles de duros que amontonásteis en una vida de avaros y crapulosos, y dejáos de hacer los necios catolizantes! ¡Si á nadie engaña vuestra hipocresía! ¡Si oyérais los horrores que de vosotros me dicen los sencillos adoradores de la justicia!

## CVIII

## EL CANTAR DE LOS CANTARES

Si hubiera Dios, cosa que me tiene perfectamente sin cuidado averiguar, le rogaría, ahora que, comenta comentando, y, poniendo en caricatura la Religión de nuestros venerandos abuelos, que de todas las humanas instituciones es la más ridícula, he llegado á EL CANTAR DE LOS CANTARES, «el cual es de Salomón,» le rogaría—repito—que me tuviera de su mano y pusiera tiento en mi pluma, en el caso, que dudo, de que Dios tuviese mano ó fuese aficionado á tientos, cosa de manipulación también; por más que alguno conozco yo muy de cerca, tan dado á la tentaruja, que de noche, en diligencia y buena compañía no perdió ocasión, si le dieron pie, de

emplear los pies mismos, desprovistos de botas, al propósito, en tentamientos más ó menos católicos, quiero decir, universales; porque esos sandios de apostólicos romanos integristas y católicos, hoy á la greña, le van comiendo la significación á su nombre de católicos hasta el extremo de que, ni el mismísimo Roque Barcia, el del están verdes de Cartagena, fuera capaz por las etimologías de sacarle la punta de su universalidad al catolicismo.

Y, si digo que rogaría á Dios que pusiera tiento en mi pluma, ¡vive Dios! (y ve, lector, como abusando del deísmo, caigo en obligada cursilería) ¡Vive Dios! que no lo haría por miedo á los fiscaletes de imprenta, genticilla de que se me da una higa, ni más ni menos que de los arzobispos, y que de cualquier pobrete que, no sabiéndose ganar el pan en un trabajo independiente, hace de la conciencia un comodín con sueldo para poder llevar á su mujer con sombrero y él mismo gastar guantes pudibundos que le tapen las manos, en que á poco que se repare se advierten nigromáticamente señales indelebles de que adularán esotro día la República como adulan hoy la monarquía, esto es, á razón desde dos pesetas á cinco dureses diarios, «todos los días.»

Porque discurro yo, y obro en consonancia de este discurso, que mi libertad de escribir no depende, desde Sagasta á un fiscal, que cualquiera que él sea puede considerarse el último, de ningún ministerial nacido, sino de esta voluntad mía inquebrantable de decir la verdad, tal como yo la entiendo, á cuento y riesgo previstos de denuncias, fianzas, encarcelamientos y destierros, en que si por acaso me viera, escribiría también, y, en tonos tales, ¡vive Dios! otra vez, que con *la linterna* de Rochefort había de alumbrar hasta los retretes del Palacio Real, de modo que si piensa *alguno* que, con denuncias injustificadas, como las del número anterior de *Las Dominica-*